

## PRÓLOGO

**Q**UIZÁS FUE ASÍ COMO SUCEDIÓ. AHORA, YA ANCIANO, me doy cuenta de que las certidumbres de toda una vida no son tan ciertas. He abierto los ojos y los veo, como fogonazos de luz dentro de esta ensoñación empalagosa en la que estoy inmerso. Uno tras otro, los recuerdos van acercándose al catre ajeno en el que aguardo a que se me vaya la vida. Me llegan de otras épocas, porque con la cercanía de la muerte superamos la barrera de la linealidad, y el tiempo y el espacio se diluyen. Percibo claramente esas vivencias que creí que no me pertenecían, convencido de que estaban recreadas por otros para alimentar mi leyenda. No recuerdo quiénes fueron los otros, pero las reminiscencias de esa vida fantástica fluyen ahora por mi cabeza, nítidas, claras, con una evidencia tan abrumadora que me rasga los sentidos. La existencia no es lo que nosotros creemos haber vivido, sino lo que los demás recordarán de ella, y quién sabe qué contarán de mí. Lo que se dice de mí, lo que se dijo, no sé si son meras fábulas. La gente las cree, ¿por

qué no? Ahora yo también empiezo a creerlas. Eso ya no importa. Lo único importante son los resultados de mis estudios, recuperar el pasado, devolverle la voz a las piedras, a los códices, sobrevivir al olvido, la única forma de alcanzar la perpetuidad: sobrevivir al olvido... lo que ella quería.

Ahora que sé que muero cocinándome en mi propia fiebre, recuerdo la batalla, la lucha y las explicaciones absurdas que para justificarla ofrecían mandatarios estúpidos, y poco importa si estaba encerrado en una oficina de Moscú o si estaba en plena toma de Berlín mientras el planeta se desmembraba. Me doy cuenta de que se puede estar en dos sitios a la vez si uno rememora los dos con idéntica plenitud, y será por culpa de esta nebulosa febril que ahora recuerdo con más nitidez que nunca.

Me veo claramente a mí mismo con veintitrés años, reclutado por el Ejército Soviético, uniéndome a las tropas como parte de la reserva del Estado Mayor, obligado a abandonar mi brillante carrera en la Universidad de Moscú para integrarme a las luchas de la II Guerra Mundial. Miro hacia abajo y puedo verme con el uniforme sucio de tanto arrastrarme, de caer al suelo una y otra vez, de dormir al raso. Veo también a los soldados que me acompañan: Alexei, Sergei, Maxim... No recuerdo bien sus nombres, pero puedo verlos a ellos y a mí mismo. Claramente. Creo que están

ahora aquí. Sus caras se me plantan delante más reales que la gente que me atiende en este hospital, más reales que mi propia familia, como si ya no estuviera dentro de mi cuerpo y sobrevolara el pasado por encima de nuestras cabezas, como en la panorámica de una película en blanco y negro. Ahora lo veo claro.

Estamos muertos de miedo, formando parte de uno de los escuadrones rusos que se encamina por lugares inhóspitos para participar en la toma de Berlín. Tenemos miedo, mucho miedo, un miedo atroz que se mezcla con el frío y lo multiplica, porque con cada explosión nos imaginamos a nosotros mismos muertos y congelados, convertidos en cadáveres de rostros horripilados, inmortalizados con ese gesto para la eternidad por culpa del hielo. El hielo y el miedo, el miedo y el hielo, esas dos palabras armonizan... En alguna ocasión escribí poemas románticos, «Nuestra suerte, vivir», empezaba uno. Me hubiera gustado ser poeta...

Llevábamos más de dos semanas asediando Berlín en un tira y afloja del que todos menos yo estaban seguros de salir vencedores. Lo recuerdo, sí. Era 28 de abril de 1945, se corrió la voz de que Weidling le había presentado al Führer un plan de evacuación de la ciudad para evitar más sufrimientos a la población. Y yo recé para que lo aceptara, para que no quedara nadie cuando entrásemos. Pero él se negó, dicen que dijo que hasta el último hombre alemán debía proteger la capi-

tal. Y permanecieron allí, esperándonos. Cuando mi escuadrón entró, los aviones ya se habían encargado de desbaratarlo todo a golpe de bombas, la bandera soviética ondeaba orgullosa en la parte más alta del Reichstag y no quedaba ya casi nada por destruir. Los edificios parecían patéticos rostros desdentados, las aceras se habían llenado de cascos, muertos de ambos bandos formando una amalgama vergonzosa y la gente huía de nosotros corriendo, se escondía por los rincones como ratones asustados, desconcertados. Yo estaba igual de desconcertado que ellos. Tenían miedo, ahora lo veo claro... Sus rostros no eran de odio, ni de escrúpulo, no, eran rostros zarandeados por el miedo. Yo también lo tenía y también lo tengo ahora. La muerte da miedo... O no, acaso es el olvido lo que da miedo.

Puedo ver el fuego, grande, imponente en su devastación, consumiendo sin piedad los contenidos de la Gran Biblioteca de Berlín, y corro, corro como un perturbado para intentar sofocarlo. Si permito que también se destruya la biblioteca dejaré de ser humano, desaparecerá el último resquicio de decencia que ha logrado sobrevivir a todo este espanto, y me convertiré en una sombra del hombre que fui, cómplice de que el mundo se llene de indiferencias. Me quito la guerrera y con ella golpeo las llamas... Y grito, grito y escucho mi propia voz desde fuera, irreconocible, como si fuera la voz de otro que grita más fuerte

que yo. Todo arde, se quema. Siento el calor abrasando mis mejillas, reseándome los ojos, y ese olor montuno del papel quemado mezclándose en mi garganta con la angustia, impidiéndome respirar. Me rindo, me estoy rindiendo a la certidumbre de mi incompetencia para dominar el incendio, así que tiro de los libros, los saco a manotazos de las estanterías. Pero se caen desordenados en cualquier lugar. El fuego se burla de mí y los alcanza, creo que estoy llorando. Las paredes amenazan con venirse abajo, alcanzo una vieja estantería que está cerca de la puerta y saco dos volúmenes viejos, sin mirarlos siquiera, los guardo deprisa dentro de mi tabardo humeante y alcanzo la puerta a trompicones, antes de que ese infierno dé al traste con los cimientos del edificio. ¡Qué estúpido! Pienso que soy yo quien elige esos libros al azar, pero no es así... Ellos me eligieron a mí. No hay duda, ahora lo veo claro. Ella me eligió a mí. Soy su portavoz. Ella estaba allí, en las páginas... Tengo calor y tengo frío.

Salí de la biblioteca tambaleante, borracho de flama, caminando sin rumbo hasta que caí en la cuenta de dónde estaba y deseé huir. Busqué refugio protegido entre la sombras de un portal mientras la batalla final continuaba sacudiéndole las entrañas a la ciudad, y allí me quedé, agazapado como un cobarde, susurrando palabras para animarme a mí mismo y fantasear que no estaba solo. Saqué los libros, los acaricié, olisqueé las tapas y

aquel aroma me recordó los días de la infancia, los primeros libros, la inocencia, y por un momento sentí que estaba de nuevo en casa. Fui pasando las hojas, muy despacio, con mis dedos de uñas renegridas, mientras las lágrimas le hacían surcos blancos a mi rostro ahumado.

Así es como lo recuerdo ahora, como en una película antigua, en blanco y negro. Quizás fue así como sucedió.